

Asignatura: biología

Martes, 14 abril

Martín



Las gotas caían sobre la calzada y la lluvia y el viento azotaban sobre los árboles, los niños esperaban la salida del colegio con un paraguas y los adultos corrían para no mojarse con la lluvia en aquella tarde de abril.

Una chica de unos 14 años esperaba con ansia la hora de la salida del instituto. Tres minutos. Recoje todo para dirigirse a la puerta que da salida a una calle llena de carterías, tiendas de electrodomésticos y muebles.

Dos minutos. Le presta más atención a la puerta que a los insectos y mariposas que ha traído la profesora de biología.

Un minuto. Echa la silla hacia atrás y apoya las manos sobre el borde de la mesa. "Los tres minutos más largos de mi vida" piensa ella sin dejar de observar la aguja roja del reloj de la pared a unos diez metros de la última fila la suya.

Suena el timbre y, aunque la profesora no ha dictado la hora de salida, a nuestra protagonista le da igual. Corre por los pasillos como nunca había corrido antes, a pesar de caerse varias veces.

"¡Laaa, deia de correr!" Le grita el director, y aún así, le ignora.

Se dirige hacia su taquilla y sale por aquella puerta. Coge el autobús que queda a unos tres calles de su casa.

"No vas a llegar" dice murmurando tan bajito que ni ella sabe si lo ha comedido. Calle de Juan Pérez, con correspondencia número 24 y 68, línea 3.

Solo dos calles. En el autobús la chica ve a una mujer con un niño pequeño viendo las redes sociales. A su derecha unos adolescentes, con el móvil en la mano. A unos 4 asientos más allá, ve a un niño jugando un juego de cubos en el teléfono de su padre.

"Increíble" piensa ella sin dejar de pensar en eso.

Nuestra protagonista baja corriendo del bus. Los 14:14. Arrasa con perros, gatos, hembras, mujeres, niños y hasta con una señora mayor. "Disculpe" le grita ella.

"¿Dónde estás ya en casa?" Le pregunta su madre sin ella dejar de correr por las escaleras.

Enviado, gracias por su colaboración

"De sobra" dice ella

Lo vuelve a revisar una y otra vez mientras se muerde los uños y se enrolla su pelo morrón rizado con el dedo índice.

"Otra vez con el librito de abajo y bajar, que tienes que comer!"

Unos días después en el instituto

Laila estaba comentando a su amiga Adriana sobre la nueva novela que tenía que entregar mañana.

"Ajá, muy bien me encanta" dice ella sin dejar de mirar su mano llena de pulseras.

Toca matemáticas, sí a las 8 de la mañana un viernes a primera hora y Laila como de costumbre, en vez de resolver las ecuaciones que la profesora ha escrito en la pizarra, está escribiendo una nueva novela. Ella está en su mundo y se da cuenta que la clase ya ha finalizado. El resto de la mañana la pasa entre un bolígrafo, hojas de papel e imaginación.

Es la hora del recreo. Laila lleva su manzana y permanece

sentada en una esquina ilustrando y escribiendo ideas en esa hoja de papel.

Ha terminado el instituto y Laila tiene que ir a recoger a su hermano Mateo del colegio. Como siempre, tiene su pelo morrón manchado de todos los colores disponibles en la sala de arte, sus pecas parecen granos de arena y su uniforme tiene marcas de rotador, cera y acuarelas.

El se pega todo el trocecto tocándole la pierna a Laila.

A lo lejos ven una tienda de videojuegos y Laila al ver a Mateo, niega con la cabeza. A continuación, visualizan una librería y Mateo al ver a Laila niega con la cabeza como su hermana.

Al llegar a casa, Mateo procede a empezar con los deberes de matemáticas y Laila a prepararles la merienda a amigos. Al comer, Mateo no deja de mirar los ojos morrones de su hermana. Nuestra protagonista sube a su habitación a escribir hasta terminar la novela que le había hecho ganar el Concurso Internacional Europeo de Escritura y Literatura.

Mateo nota el nerviosismo constante de su hermana desde hace

unos días y está muy preocupado por ella.

Brezo, sube a su habitación para, al abrir la puerta del lugar, encontrar un mensaje en la pantalla de aquella novela entregada hace casi dos semanas:

"Novela de aceptación gracias por su inscripción".

A Mateo le encantaría aceptar eso, pero no puede, él es solo un niño de 8 años cuya opinión es inválida, aun sabiendo todo el esfuerzo y dedicación de su hermana para lograr ser reconocida. "La vida es injusta" piensa él.

Al día siguiente por la mañana

7:50 de la mañana, Laia y Mateo y sus padres están desayunando. La madre de Laia comenta "Laia, ¿que te pasa? Estas muy rara. No obtiene respuesta". Camina al instituto, ella termina diciendo "No, me han elegido" "Lo sé" responde Mateo, "pero no te rindas" "No lo hore".

Laia recuerda que tiene examen de geometría. Al terminar, no deja de pensar en el concurso, ya que esta es su última oportunidad. Le entregan su examen: un veis-treinta y cinco. "Nada mal" piensa ella.

A la salida, va a buscar a Mateo, ya que le había prometido un helado. Él elige su sabor favorito: fresa, y, mientras lo toma con la cara manchada de le dice todo lo increíble que ha pasado y hecho hoy.

"¿Quieres el nuevo juego de Pokemon? dice Laia, aun sabiendo la respuesta

"¡¡ El de Legendas Pokemon Arceus!" grita emocionado Mateo.

Camina a casa y con el videojuego en la mano, llegan a su calle.

Abren la puerta, Mateo sube a jugar con el nuevo juego y Laia sube a su habitación, bastante nerviosa y con el corazón en un punto, abre la puerta y el ordenador, mueve el ratón, entra al navegador y a la página web oficial. "Novela aceptada, nominada y ganadora del primer puesto del Concurso Internacional Europeo de Escritura y Literatura".

Laia sonríe.

Y no por ella, sino por él.

Sonríe porque al fin puede pagar el tratamiento de Mateo.

- Oye Laila, ¿vamos a por helado de fresa?

- Mates, luego juega el Racing de Santander

- ¿Podemos ir a los dos? Prrra...

- Vale

- ¡Bion!